la biografía de Lope por la Barrera y del género sacrodramático que abarcan los cinco primeros volúmenes de esta obra, y allí expondré lo que me parece, lo que alabo y lo que lamento en ellos, que no son, por cierto, los que mayor estudio y diligencia revelan.

Está muy en el aire que se respira cierta preferencia por lo naturalista y humano; están muy llenos los libros extranjeros y los de los españoles que van tras ellos de esas mismas teorías francamente realistas; ¿será, pues, extraño ver aun al mismo D. Marcelino Menéndez y Pelayo pasar como de corrida por los *Autos Sacramentales*, no poner todo su esmero en las comedias sagradas, omitir aun muy manifiestos calcos hechos de algunas de estas piezas de Lope por Calderón, y dar, en cambio, relieve exagerado á situaciones secundarias, pero atrevidas y poco veladas de estas ú otras comedias?

Al teatro sagrado de Lope se sigue (tomos V-XIII) el épico, magnífica serie de cuadros que forman nuestra gran epopeya nacional. Lope de Vega fué el Homero de las tablas españolas. Sus cuadros empiezan desde los orígenes del pueblo español y concluyen con las victorias de D. Gonzalo de Córdoba y de Ambrosio Spínola, coetáneos del poeta, y que sostuvieron con esplendor la bandera española en la primera mitad del reinado de Felipe IV. Menéndez y Pelayo, siguiendo el encanto de la

erudición, donde no halla rival, desentierra con gran sagacidad los orígenes de las piezas de Lope, los documentos en que se apoyaron, las historias que romanzaron, y presta á nuestro teatro el imponderable servicio de hacer ver que por modo sin igual realizó la misión que Aristóteles asignó á la poesía, cuando dijo: *Quod fit ut sapientius atque praestantius Poesis historia sit:* que la poesía es historia por modo más excelente y con más discreción y sabiduría.

El tomo XIII incluye las últimas piezas del teatro épico de Lope de Vega, que son de sucesos contemporáneos al autor.

Se echan de menos estudios sintéticos de estas grandes partes de la colección, en que como en un lienzo se moviesen las figuras principales que han ido pasando á nuestra vista, en que, apartadas las piezas menos felices, se apreciara el oro purísimo de las restantes, y en que, desembarazado el campo de textos y anotaciones bibliográficas, una mano experta nos condujera por aquel mundo heroico y sobrehumano.

Menéndez y Pelayo pasa á las comedias novelescas empezando por las de caballerías ó que se fundan en sucesos de aquellas crónicas. Luchaba Lope de Vega en ellas con el ambiente del siglo XVII, tan opuesto ó á la noble sencillez de los primitivos cantares de caballerías, ó

á la enrevesada y embolismada maquinaria de los posteriores, y siempre á una casta de fábulas exóticas que no tuvieron ni su origen ni su más espléndido desarrollo en España, y que ya empezaban á languidecer y morir, y no esperaban sino el golpe de gracia que había de asestarles Miguel de Cervantes.

Con éste, indirecta é instintivamente, conviene nuestro poeta en un punto, pues así como aquél selló con indeleble alabanza la famosa historia del Marqués de Mantua, así Lope de Vega la dramatizó atraído del encanto de los romances, dejando erigido en el drama de *El Marqués de Mantua* el mejor monumento de sus dramas caballerescos. Menéndez y Pelayo los ilustra todos con gran erudición, tanto más oportunamente, cuanto que, como ya queda dicho, es mucho lo que estudian los extranjeros esta literatura medioeval.

Contemplando en conjunto la obra de don Marcelino Menéndez y Pelayo, desde su *Horacio en España* y su *Historia de los Heterodoxos* hasta los postreros aplausos tributados á amigos y discípulos en cien discursos y prólogos, se sobrecoge el ánimo ante la erudición opulenta extendida por la vasta cultura española y extranjera. Horacio y sus imitaciones, Calderón y sus obras, Lope de Vega y sus orígenes y descendientes, el movimiento heterodoxo español ligado íntimamente con el literario, la

épica primitiva, los romances viejos, nuestra lírica, nuestra historia, la ascética y la mística, la filosofía independiente, Tirso de Molina, Torres Naharro, la cadena áurea de las teorías estéticas españolas y, como incidentalmente, estudios sobre Shakespeare y Goethe y Schiller y Byron, y sobre los dioses mayores y menores del Parnaso griego y latino, y sobre todo el movimiento literario de Europa en todos los siglos y de América hispana en los últimos tiempos: en pocas palabras, cuanto se necesita para graduar de enciclopedia literaria las obras críticas de este autor.

* * *

Quizás pregunte alguno si en ellas hay alguna idea madre que dé unidad á tan extendida enciclopedia. Hay, es verdad, en todos estos escritos ardor y llama contagiosos, que obligan á leer tan áridos trabajos de erudición con interés, casi como una novela; gran elogio que no puede subsistir sin haber allí páginas brillantes, de gran vuelo estético, de intuición crítica poderosa.

Mas ya Mr. Boris de Tannenberg (1) echó de menos en estas obras la clave que les prestara unidad y que les acrecentara su mérito.

Porque joven, casi niño, escribía Menéndez

(1) *L'Espagne littéraire*, págs. 96-97, 100-102, 206-208.

y Pelayo aquellos viriles apóstrofes de su epístola á Horacio, que tantos aplausos le conquistaron:

¡Bárbaros hijos de la edad presente!
Horacio, ¿lo creerás? Graves doctores
Afirman que los hórridos cantares
Que alegran al Sicambro y al Escita,
Ó al Germano tenaz y nebuloso,
Oscurecen tus obras inmortales
Labradas por las manos de las Gracias,
Cual por diestro cincel mármol de Paros.
¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!.....

Y joven también y casi niño lanzaba en sus *Heterodoxos* y en sus cartas acerca de *La Ciencia Española* las piedras de David y las clavaba en la frente de aquellos gigantes que se llamaban Quintana, Núñez de Arce, Pérez Galdós y Echegaray.

¿Necesitaremos probar que se había reconciliado con lo teutónico al escribir en los últimos tomos de las *Ideas estéticas*, páginas caldeadas de entusiasmo en loor de Hegel, Schiller, Goethe, Heine?

Véase un ejemplo entre muchos: un sencillo *verbigracia:*

«Antítesis profunda del genio de Schiller fué el de Goethe (1749-1832). Mayores y más distintos nunca los produjo la humanidad al mismo tiempo. Schiller, el gran poeta de la voluntad libre y de la exaltación generosa del alma; Goethe, el gran poeta panteísta y realista, el poeta del empirismo intelectual, poeta objetivo por excelencia, que aspira á convertir toda la naturaleza en arte, toda realidad en ideal: Schiller, envuelto siempre en altas especulaciones metafísicas y estéticas, desde las cuales mira con ojos de compasión el mundo real; Goethe, fervoroso hilozoísta, atento siempre á las palpitaciones de la materia y anheloso de levantarse á una concepción sintética de su vida, hoy con el descubrimiento del hueso intermaxilar y de las analogías del cráneo y de la vértebra, base de una fisiología zoológica, mañana con las metamorfosis de las plantas ó con la nueva teoría de los colores: Schiller, cristiano por el sentimiento; Goethe, totalmente pagano, con cierto politeísmo simbólico que domina las fuerzas naturales.....»

Pero ¿qué extraña esto, cuando acerca de nuestros literatos, vivos todavía, ha escrito atenuaciones, que aplaquen los númenes de aquellos gigantes heridos por la piedra juvenil? Se espera la segunda edición de los *Heterodoxos*, «cuyas notas serán bien curiosas», opina Mr. de Tannenberg.

Pero ya tenemos la tercera edición de las cartas sobre *La Ciencia Española*, y contiene notas en que, volviendo el autor sobre sus criterios antiguos, los suaviza infligiéndose, por cierto, duros calificativos, acerba y pública penitencia.

El juicio dado sobre Núñez de Arce lo reforma remitiendo al lector á otro artículo, en que «expresa toda su admiración por el poeta y hace los oportunos deslindes y reservas acerca de su doctrina, mucho menos racionalista y liberal de lo que él mismo se figura» (1). Igual mansedumbre delante del Sr. Echegaray, de quien había escrito: «¡Por los clavos de Cristo! ¿Cómo ni por dónde ha adquirido el Sr. Echegaray autoridad entre los bibliógrafos españoles? Podrá el Sr. Echegaray hacer llorar á diputados progresistas con el descubrimiento de la trenza incombustible, ó sustituir el Catecismo del P. Astete con las nebulosas, ó crispar los nervios del auditorio con dramas á lo Bouchardy, tejidos de horrores morales, apagaduras de luz, engendramientos por sorpresa y puñalada final á modo de sangría de barbero.....»

El Sr. Echegaray no ha retractado nada de sus ditirambos revolucionarios ó de sus filosofías sin Dios, ó de sus odios al fervor cristiano, fanatismo religioso lo llama él: de sus resortes dramáticos violentos y nada clásicos sigue haciendo uso hasta en su drama *La escalinata del trono;* pero el Sr. Menéndez y Pelayo creyó «deber á su conciencia y á la justa estimación

(1) Tomo I, pág. 90. El artículo aludido se halla en el tomo I de los *Estudios de crítica literaria*, págs. 291-347.

en que tiene al Sr. Echegaray» poner en su última edición á las palabras citadas la salvedad siguiente, á lo que pienso, bastante ambigua:

«Hoy me parece este párrafo de notoria injusticia en lo que toca á la persona del señor Echegaray, cuya reputación de físico y matemático es bien sentada é indiscutible, no menos que la que tiene y debe tener de entendimiento grande y robusto, nacido para las ciencias del cálculo y de la abstracción.....»

Cita obras matemáticas del Sr. Echegaray y continúa refiriéndose, á su labor dramática:

«Si en mal hora, descaminado por fáciles aplausos, se apartó un tanto de estos senderos que con tanta gloria recorría, privando á la vez á la ciencia española de uno de los cultivadores que más la honraban, disculpa de sobra tiene en nuestro mísero estado intelectual, donde el trabajo científico es el secreto de poquísimos iniciados, y no obtiene siquiera la limosna del respeto y del agradecimiento de parte del mismo vulgo que sanciona y alienta las mayores iniquidades literarias. Pero aun empeñado en dar tormento á su vocación, el Sr. Echegaray ha pecado como gran pecador y nunca sus aberraciones se han confundido con las aberraciones de los necios.»

Y volviendo al punto que allí el Sr. Menéndez y Pelayo controvierte, es decir, á si las

glorias matemáticas españolas durante los siglos medios son árabes ó cristianas, coge en tres equivocaciones, no minúsculas, á Echegaray, añadiendo á renglón seguido:

«Esta es una prueba, entre tantas, de la ligereza con que el Sr. Echegaray redactó aquel discurso suyo. Y esto mismo doy á entender en el texto, aunque de una manera harto descomedida y virulenta» (1).

Echegaray no ha borrado *El gran Galeoto*, ni *Los dos fanatismos*, ni *Ó locura ó santidad*, ni una sola palabra de las que ha escrito ó dicho en tantos ejemplos como tiene dados de espíritu anticatólico y arte desequilibrado: ¿no contrasta tanta suavidad para con un autor semejante con la acrimonia que usa para con el P. José Jungmann y su traductor D. Juan Manuel Orti Lara? Había escrito aquel docto Padre su obra *La Belleza y las Bellas Artes*, que alcanzó en su patria tres ediciones, y en ella expone una opinión probable, falsa si quiere el autor de las *Ideas estéticas*, mas perfectamente ortodoxa y netamente católica; tan sana, que pretende identificar la noción de lo bueno moral con la de lo bello.

Pues contra esta opinión se muestra duro, muy duro el crítico.

Que Jungmann es desconocido entre los tra-

(1) Tomo II, págs. 114-115.

tadistas de arte; que los teólogos antiguos servían para todo, en tanto que los de hoy «ó porque valen menos, ó porque las ciencias son más dilatadas, suelen ser infelices en sus incursiones en los campos de la estética»; que esta obra de Jungmann parece fruto de «los ocios de una temporada de vacaciones»; que «ha hojeado el autor mucho y ha leído poco»; que «es espíritu dogmático y estrecho»; que «llamándose escolástico hace tabla rasa de la doctrina de Santo Tomás»; y todo esto lo dice el autor de las *Ideas estéticas* con estilo cáustico y duro, en una extensión de 27 páginas. ¡Ni se queda sin sus ironías el traductor! No parece sino que el Sr. Menéndez y Pelayo tira á otro blanco sin apuntarle, cuando por una obra de tan poco fuste, á lo que él dice, se encara con Orti y Lara irónicamente, exclamando:

«Y, pensándolo bien, no atina uno á concebir por qué razón el Sr. Orti y Lara ha traducido este libro, que, lejos de ser conforme al escolasticismo rígido, al tomismo inmaculado de que él hace gala, convertido siempre en atalaya vigilante de la torre de Dios y en guía de los extraviados (como diría Maimónides), implica, por el contrario, una desviación radical y absoluta de los conceptos de Santo Tomás acerca de la belleza y el arte, por lo cual el Sr. Orti y Lara, si es lógico, debe recoger todos los ejemplares de su versión.....»

«Recuérdense, continúa, los notables textos de Fr. Bartolomé de Medina, de Fr. Juan de Santo Tomás, de los Salmanticenses, de Rodrigo de Arriaga, que he citado en uno de los tomos anteriores. Ninguno de estos ilustres varones está recordado por Jungmann, ni por su traductor. ¡Qué escolásticos y qué tradicionalistas éstos!» (1).

Acaso aduzca el Sr. Menéndez y Pelayo, que mira con tanta ojeriza la inocente opinión por fortificar la suya del criterio artístico ó el arte por el arte. No juzgo ésta ocasión de analizarla, pero sí de advertir que ni es tan inocente como la opinión contraria, ni menos expuesta á extravíos: aquélla podrá llevar al puritanismo crítico; ésta puede inducir á la licencia descocada de alabar y aplaudir toda suerte de desboques literarios con la excusa de la buena forma. Quizás en esta opinión se halle el porqué de las modificaciones del Sr. Menéndez y Pelayo acerca de Núñez de Arce, de Echegaray y hasta del valer literario y filosófico del bufonesco Rabelais (2).

(1) *Historia de las Ideas estéticas*, t. IV, vol 1, páginas 414-434.

(2) Sólo como bufón, y eso á ratos, y eso retractándose de su primer desprecio, le estimaba Voltaire: «Rabelais, quand il est bon, est le premier de nos bouffons. Il ne faut pas, qu'il y ait deux hommes de ce métier dans une nation; mais il faut qu'il y en ait un. Je me repens d'avoir dit autrefois trop mal de lui.» El juicio de Menéndez y Pelayo y la nota modificativa véanse en *La Ciencia Española*, tercera edición, t. I, pág. 129.

Ni creo molestar al erudito escritor con estas observaciones sobre su obra literaria, que soy el primero en admirar; pues tal es la estrella de los libros que entran en el tráfago común de la vida literaria, arrostrar y soportar las distintas miradas de los hombres, sus opiniones y maneras de ver, sin poderse impedir que á uno parezca bacía de afeitar lo que á otro yelmo de Mambrino.

Y no dejaré la pluma sin aducir la propia confesión del gran crítico, que con modestia harto excesiva por su parte, y con desilusión completa por la de los que le estudiábamos como discípulos, nos llega á decir que su gran obra, su obra máxima, no ha sido sino rudo cuanto brillante aprendizaje:

«Quien tenga la fortaleza de ánimo necesaria para resignarse á este perpetuo monólogo, podrá hacer insensiblemente su educación intelectual por el procedimiento más seguro de todos, el de escribir un libro cuya elaboración dure años. Entonces comprenderá cuánta verdad encierra aquella sabida sentencia, «el que »empieza una obra no es más que discípulo del »que la acaba». Si algún lector benévolo y paciente notase alguna ventaja, ya de crítica, ya

de estilo, en los últimos tomos de esta obra respecto de los dos primeros, atribúyala á esta labor obscura y austera» (1).

Como estas palabras se escribieron hace quince años, en ellos, suspendida obra tan importante, habrá el autor madurado sus opiniones y terminado su aprendizaje, y cuando se decida á continuar su labor, ésta será ya, no el tanteo y tientos del inexperto, sino la doctrina segura y luminosa del maestro, la doctrina del crítico de cepa castiza y española, aunque de criterio amplio é ilustrado.

Dicho sea todo esto con paz del crítico español más estimado hoy día dentro y fuera de nuestra patria: crítico cuya misma autoridad justifica el que se estudien sus opiniones, se aquilaten y no se confundan en el anónimo acervo de lo insubstancial, sobre que cae siempre el desdén y el silencio. Por otro lado, oídos como el de este autor, hechos desde hace mucho á los elogios, no han de molestarse con juicios sin adulación y sin parcialidad.

III

Por lo dicho se deducirá que la obra de Menéndez y Pelayo no anula los trabajos de menos

(1) *Ideas estéticas*, t. V, págs. XIII-XIV.

vuelo de otros críticos estudiosos y beneméritos. Ya hemos hablado de ellos en *Razón y Fe*, y aquí mentaremos algunos, de mención y estudio realmente dignos. La refutación del diligente presbítero sevillano Dr. D. José Avilés de la leyenda del *Tenorio*, que atribuye la realidad de este tipo eternamente joven en las literaturas al santo y caritativo sevillano don Miguel Mañara, en el *Compendio de la vida* de este fervoroso y ejemplar caballero, es razonada y concluyente; y con gusto se lee en la *Bibliografía* acerca de la licitud del Teatro, del Sr. Cotarelo, refutada también la misma patraña, que, por desgracia, nacida en A. Dumas, ha llegado á trascender á alguno de los libros de texto de nuestros institutos.

La *Necrología de Zorrilla*, por el Conde de Casa-Valencia; la defensa de la memoria del gran poeta Duque de Rivas, por su hijo y heredero D. Enrique, en el tomo que titula *Discursos, cartas y otros escritos;* el tomo de Boris de Tannemberg, *L'Espagne litteraire*, donde traza muy acertados retratos de Tamayo, Pereda y Menéndez y Pelayo; la colección de sensatos estudios que, ya antiguos, ha publicado en 1902 el cervantista veterano D. José María Asensio, bajo el título de *Cervantes y sus obras*, trabajos completados con su tranquilo y grave discurso de recepción en la Española sobre «Las interpretaciones del